

Patrick Modiano

Para que no te pierdas en el barrio

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Pour que tu ne te perdes pas dans le quartier
© Éditions Gallimard
Paris, 2014

Ilustración: «Boulevard Beaumarchais», 1954, foto © Ministère de la
Culture-Médiathèque du Patrimoine, Dist. RMN-Grand Palais /
Marcel Bovis

Primera edición: junio 2015
Primera edición impresa en Argentina: octubre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2015
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7930-8
Depósito Legal: B. 11249-2015

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

No puedo aportar la realidad de los hechos,
sólo puedo ofrecer su *sombra*.

STENDHAL

Poca cosa. Como la picadura de un insecto, que al principio nos parece benigna. Al menos eso es lo que nos decimos en voz baja para tranquilizarnos. El teléfono había sonado a eso de las cuatro de la tarde en casa de Jean Daragane, en la habitación que llamaba el «despacho». Se había quedado traspuesto en el sofá del fondo, resguardado del sol. Y esos timbrazos que ya había perdido desde hacía mucho la costumbre de oír no cesaban. ¿Por qué esa insistencia? En el otro extremo del hilo, a lo mejor se les había olvidado colgar. Se levantó por fin y fue hacia la parte de la habitación próxima a las ventanas, donde el sol pegaba con muchísima fuerza.

«Querría hablar con el señor Daragane.»

Una voz desganada y amenazadora. Ésa fue su primera impresión.

«¿Señor Daragane? ¿Me oye?»

Daragane quiso colgar. Pero ¿para qué? Los timbrazos se reanudarían sin interrumpirse nunca.

Y a menos que cortara definitivamente el cable del teléfono...

«Al aparato.»

«Es por su libreta de direcciones, caballero.»

La había perdido el mes anterior en un tren que lo llevaba a la Costa Azul. Sí, sólo podía haber sido en ese tren. La libreta de direcciones había resbalado del bolsillo de la chaqueta seguramente en el momento de sacar el billete para enseñárselo al revisor.

«He encontrado una libreta de direcciones a su nombre.»

En la tapa gris ponía: EN CASO DE EXTRAVÍO ENVIAR ESTA LIBRETA A. Y Daragane, un día, mecánicamente, había escrito su nombre, sus señas y su número de teléfono.

«Se la llevo a su domicilio. El día y a la hora que quiera.»

Sí, definitivamente una voz desganada y amenazadora. E incluso, pensó Daragane, una voz de chantajista.

«Preferiría que nos viéramos fuera de casa.»

Había hecho un esfuerzo para sobreponerse al malestar que sentía. Pero su voz, que habría querido que resultara indiferente, le pareció de pronto una voz sin inflexiones.

«Como quiera, caballero.»

Hubo un silencio.

«Una lástima. Estoy cerquísima de su casa. Me habría gustado dársela en mano.»

Daragane se preguntó si el hombre no estaría delante del edificio y si no se iba a quedar allí, acechando su salida. Tenía que librarse de él lo antes posible.

«Veámonos mañana por la tarde», acabó por decir.

«Si usted quiere... Pero en tal caso cerca de mi lugar de trabajo. Por la zona de la estación de Saint-Lazare.»

Estaba a punto de colgar, pero no perdió la sangre fría.

«¿Conoce la calle de L'Arcade?», preguntó el hombre. «Podríamos quedar en un café. En el número 42 de la calle de L'Arcade.»

Daragane apuntó la dirección. Recobró el resuello y dijo:

«Muy bien, caballero. En el número 42 de la calle de L'Arcade mañana a las cinco de la tarde.»

Luego colgó sin esperar la respuesta de su interlocutor. Lamentó en el acto haberse portado de forma tan desabrida, pero le echó la culpa al calor que agobiaba París desde hacía unos cuantos días, un calor inhabitual en el mes de septiembre. Le incrementaba la soledad. Lo obligaba a quedarse encerrado en aquella habitación hasta que se ponía el sol. Y además el teléfono no había vuelto a sonar desde hacía meses. Y el móvil, encima del escritorio...: se preguntó cuándo lo había usado por última vez. Apenas si sabía utilizarlo y se equivocaba con frecuencia al apretar las teclas.

Si el desconocido no hubiese llamado por teléfono, se le habría olvidado para siempre la pérdida de aquella libreta. Intentaba recordar qué nombres había en ella. La semana anterior quería incluso reconstruirla y, en una hoja en blanco, había empezado a hacer una lista. Al cabo de un momento rompió la hoja. Ninguno de los nombres era de las personas que habían tenido importancia en su vida y cuyos números de teléfono y direcciones nunca había necesitado apuntar. Se los sabía de memoria. En esa libreta sólo había conocidos de esos de los que se dice que son «de orden profesional», unas cuantas señas supuestamente útiles, no más de treinta nombres. Y, entre ellos, varios que habría debido suprimir, porque ya no valían. Lo único que lo había preocupado al perder la libreta era haber mencionado en ella su propio nombre y sus señas. Por descontado, podía hacer como si no hubiera ocurrido nada y dejar que aquel individuo lo esperase en vano en el número 42 de la calle de L'Arcade. Pero entonces siempre quedaría algo en el aire, una amenaza. Había soñado muchas veces, en el vacío de algunas tardes solitarias, que sonaba el teléfono y una voz suave le daba una cita. Se acordaba del título de una novela que había leído: *El tiempo de los encuentros*. A lo mejor ese tiempo no había terminado aún para él. Pero la voz de hacía un rato no le inspiraba confianza. Desganada y amenazadora a un tiempo era aquella voz. Sí.

Le pidió al taxista que lo dejase en La Madeleine. Hacía menos calor que los otros días y era posible andar siempre y cuando uno fuera por la acera de la sombra. Fue por la calle de L'Arcade, desierta y silenciosa bajo el sol.

Llevaba una eternidad sin andar por aquellos parajes. Se acordó de que su madre actuaba en un teatro de las inmediaciones y su padre tenía un despacho al final del todo de la calle, a la izquierda, en el 73 del bulevar de Haussmann. Lo asombró que aún le sonara el número 73. Pero todo ese pasado se había vuelto tan translúcido con el tiempo... Un vaho que se disipaba al sol.

El café estaba en la esquina de la calle y del bulevar de Haussmann. Un local vacío, una barra larga con estanterías encima, igual que en un autoservicio o en un Wimpy de los de antes. Daragane se sentó en una de las mesas del fondo. ¿Acudiría el desconocido a la cita? Las dos puertas, la que daba a la calle y la que daba al bulevar, estaban abiertas por el calor. Al otro lado de la calle, el edificio grande, el número 73... Se preguntó si alguna de las ventanas del despacho de su padre daría de ese lado. ¿En qué piso? Pero esos recuerdos se le iban escabullendo sobre la marcha, como pompas de jabón o los retazos de un sueño que se volatilizan al despertar. Habría tenido la memoria más despierta en el café de la calle de

Les Mathurins, delante del teatro, donde esperaba a su madre, o en los alrededores de la estación de Saint-Lazare, una zona por la que había andado mucho hacía tiempo. Aunque no. Seguro que no. La ciudad ya no era la misma.

«¿El señor Jean Daragane?»

Había reconocido la voz. Tenía delante a un hombre de unos cuarenta años, a quien acompañaba una muchacha más joven que él.

«Gilles Ottolini.»

Era la misma voz, desganada y amenazadora. Señalaba a la muchacha:

«Una amiga... Chantal Grippay.»

Daragane seguía en su asiento, inmóvil, sin tenderles la mano siquiera. Se sentaron los dos enfrente de él.

«Le ruego nos disculpe... Llegamos con algo de retraso...»

Ottolini había adoptado un tono irónico, seguramente para mostrar aplomo. Sí, era la misma voz, con un leve, casi imperceptible, acento del sur que no le había llamado la atención a Daragane la víspera, por teléfono.

Piel marfileña, ojos negros, nariz aquilina. La cara era delgada, tan cortante de frente como de perfil.

«Aquí tiene lo que le pertenece», le dijo a Daragane, en el mismo tono irónico, que parecía ocultar cierto embarazo.

Se sacó del bolsillo de la chaqueta la libreta de

direcciones. La puso encima de la mesa tapándola con la palma de la mano, separando los dedos. Hubiérase dicho que quería impedir a Daragane que la cogiera.

La muchacha estaba algo retirada, como si no quisiera que nadie se fijara en ella, una morena de unos treinta años con media melena. Llevaba una camisa y un pantalón negros. Le lanzó una mirada inquieta a Daragane. Éste se preguntó, por los pómulos y los ojos rasgados, si no sería de origen vietnamita, o china.

«¿Y dónde encontró esta libreta?»

«En el suelo, debajo de un asiento del bar de la estación de Lyon.»

Le alargó la libreta de direcciones. Daragane se la metió en el bolsillo. Recordó, efectivamente, que el día que se fue a la Costa Azul llegó con adelanto a la estación de Lyon y se sentó en el bar del primer piso.

«¿Quiere tomar algo?», preguntó el tal Gilles Ottolini.

A Daragane le entraron ganas de dejarlos plantados. Pero cambió de opinión.

«Una Schweppes.»

«Intenta dar con alguien que nos atienda. Yo quiero un café», dijo Ottolini, volviéndose hacia la muchacha.

Ésta se puso de pie en el acto. Aparentemente, estaba acostumbrada a obedecerle.